

LAURENCE THIEUX

EEUU frente al islamismo: desde el pragmatismo hasta el anti-islamismo

Desde la revolución iraní en 1979, el islam político ha preocupado a los responsables estadounidenses y ha suscitado un debate sobre la forma de analizar este fenómeno. Durante los años ochenta el islamismo fue globalmente analizado como un gran desafío que amenazaba la estabilidad de los regímenes políticos en el Magreb y Oriente Medio y planteaba nuevas incógnitas a las estrategias de seguridad de EEUU. Los intereses estadounidenses estaban directamente amenazados por el éxito de un movimiento que basaba su discurso y estrategia política en fundamentos religiosos. Los Gobiernos con los que habían establecido estrechas relaciones de cooperación, debilitados por el ascenso político del islamismo, no parecían capaces de llevar a cabo los procesos de liberalización política y económica necesarios para su supervivencia. Al mismo tiempo, los procesos de democratización consagraban el fuerte arraigo popular de los islamistas en países como Jordania o Argelia.

Desde su emergencia como fuerza política con fuerte anclaje social en el mundo árabe, el islamismo ha sido uno de los grandes temas alrededor de los cuales se ha articulado la reflexión académica sobre las relaciones internacionales. De Huntington a Fukuyama, el final de la confrontación ideológica entre el comunismo y el liberalismo capitalista occidental impulsó el desarrollo de nuevos modelos teóricos. Samuel Huntington planteó en 1993 que la fuente principal de conflicto en el futuro sería la cultura, y que los conflictos tendrían lugar entre naciones y grupos de dife-

Laurence Thieux es investigadora y colaboradora del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

rentes civilizaciones. Huntington hacía particular hincapié en la conflictividad del islam.¹

Análisis académicos frente al islamismo

En EEUU aparecieron dos corrientes de análisis opuestas respecto a la estrategia a adoptar ante el desafío político planteado por los islamistas: los partidarios de la confrontación y los que se muestran favorables al diálogo.² Shireen Hunter identificó estas dos escuelas antagonistas como “neo-orientalistas” y “neo-tercermundistas”.³ Los primeros consideran que el islamismo, al basarse en presupuestos inherentes, esenciales y no susceptibles de ser modificados, representa una amenaza para los intereses occidentales al contestar los fundamentos mismos de su orden político, social y cultural. Se asimila el renacimiento religioso islámico al fanatismo y se considera un fenómeno irreversible, inherentemente anti-democrático y hostil a Occidente. Según esta lectura, el islam es un factor esencial en la configuración de la política de los Estados. Por el contrario, la segunda escuela considera que el islamismo es una respuesta política a un contexto particular de crisis y que lleva a cabo una interpretación moderna de los preceptos religiosos.

El siguiente cuadro recoge las principales proposiciones de las dos escuelas respecto a los orígenes, características y objetivos del fenómeno islamista, así como los desafíos que plantea a Occidente. Los principales puntos de divergencia hacen referencia a la compatibilidad del discurso islamista con los ideales occidentales de democracia y libre mercado, y a las intenciones y capacidad de los movimientos islamistas de amenazar los intereses occidentales.

¹ Sobre el debate suscitado por la teoría de Huntington ver Marc Dueñas, *Xoc de civilitzacions, a l'entorn de S.P Huntington i el debat sobre el nou escenari internacional*, Centre d'Estudis de temes contemporanis, Barcelona, 1997; Dan Smith, “¿Por qué han de chocar las civilizaciones?”, Fred Halliday, “El fundamentalismo y el mundo contemporáneo” y Laurence Thieux, “Confrontaciones de culturas: buscando el paradigma de las relaciones internacionales” en *Papeles, cuestiones internacionales de paz, ecología y desarrollo*, otoño 1994, Nº 52.

² Fawaz Gerges, en su descripción del debate ideológico estadounidense sobre el islamismo, distingue entre los académicos, que conciben las relaciones con el islam en términos de confrontación, y los que optan por la acomodación, diferenciando los análisis sobre la base de las estrategias aconsejadas. Fawaz Gerges, *America and political islam, clash of cultures or clash of interests?*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 20.

³ Shireen Hunter considera que el debate sobre el islamismo opone dos escuelas de análisis que han desarrollado una argumentación sobre los principios asentados por el pensamiento tercermundista de los años sesenta por un lado, y los orientalistas por otro. Los primeros han analizado los choques entre Occidente y el Tercer Mundo como el resultado del pasado imperialista y colonial, mientras que la tradición orientalista atribuye la hostilidad de los países orientales a su tradición cultural. Shireen Hunter, “The rise of islamist movements and the western response: clash of civilizations or clash of interests?” en Laura Guazzone (Ed.), *The Islamist dilemma in the contemporary arab world*, Ithaca Press, 1994, pp. 317-345.

PROPOSICIONES NEO-ORIENTALISTAS	PROPOSICIONES NEO-TERCERMUNDISTAS
<p>Causas de la emergencia del islamismo El islam político es un fenómeno cíclico y recurrente en las sociedades árabes. Se trata de un repliegue identitario y cultural, inherente a la cultura política arabe-musulmana que impide el desarrollo de modelos políticos, económicos y sociales según el modelo de modernidad occidental.</p>	<p>Causas de la emergencia del islamismo El islam político es una respuesta política “moderna” a un contexto sociopolítico determinado. Se reinterpreta el legado coránico en función de la especificidad de las condiciones políticas, sociales y económicas que propiciaron su emergencia.</p>
<p>Características principales</p> <ul style="list-style-type: none"> - Uniformidad ideológica de los movimientos islamistas: su ideología y proyecto político se basan en los principios islámicos. Su objetivo político es la instauración de un Estado islámico regido por las leyes coránicas. - Incompatibilidad con los valores occidentales de democracia y derechos humanos: imposición de la <i>sharia</i>, confusión religión/política. 	<p>Características principales</p> <ul style="list-style-type: none"> - Diversidad de movimientos ideológicos: los conservadores fundamentalistas a favor de una aplicación estricta de los principios coránicos tal y como están escritos y los “evolucionistas” que pretenden reinterpretar las fuentes religiosas. - Diversidad de las estrategias que dependen del contexto político: algunos movimientos optaron por la estrategia legalista en un marco político abierto o estrategia violenta en un marco represivo (Argelia, Egipto). También se considera la posibilidad de coexistencia en un mismo movimiento de estrategias distintas y diferencias ideológicas (FIS argelino, salafistas/dजारistas).⁴
<p>Política exterior islamista</p> <ul style="list-style-type: none"> - El islam político es irredentista. La aplicación de los principios islámicos conduce a los movimientos islamistas a tener una política expansionista. - Se considera el islamismo como una ideología capaz de vertebrar una alianza internacional contra los intereses occidentales. - El anti-occidentalismo es la consecuencia de la incompatibilidad cultural (democracia y derechos humanos). 	<p>Política exterior islamista</p> <ul style="list-style-type: none"> - Los principios ideológicos son irrelevantes en el diseño de la política exterior, determinada principalmente de acuerdo con los intereses nacionales y estratégicos de cada país. - La diversidad de los movimientos y los determinantes estratégicos y geopolíticos hacen muy improbable la constitución de un frente islámico unido. La solidaridad islámica puede ser positiva al reanudar procesos de cooperación regional. - El anti-occidentalismo es la respuesta a intervenciones occidentales (colonialismo, intervenciones militares, apoyo a regímenes autoritarios).
<p>Implicaciones para las políticas occidentales La confrontación es inevitable: los neo-orientalistas preconizan la adopción de una política de contención de los regímenes y movimientos islamistas, evitar todo diálogo y apoyar los regímenes en su lucha contra los islamistas.</p>	<p>Implicaciones para las políticas occidentales El islamismo se considera una respuesta a un contexto político determinado y se admite que existe un amplio abanico de respuestas occidentales posibles. Para evitar los riesgos de confrontación es necesario modificar la percepción negativa del islam político predominante en Occidente y apoyar los procesos de democratización aún siendo los movimientos islamistas los principales beneficiarios, así como favorecer la integración de las fuerzas islamistas moderadas en los procesos políticos</p>

⁴ La *dzazara* es una de las tendencias de los islamistas argelinos, liderada por Abassi Madani Hachani, asesinado en 1999. Su visión política es más nacionalista y legalista que la de los salafistas, corriente liderada por Ali Benhay, que tienen una visión más rígorista de los principios del islam.

En un principio, la emergencia del islamismo como fuerza política fue percibida como un instrumento útil para que EEUU frenase la influencia soviética en los sistemas políticos árabes

La posición de EEUU hasta el 11-S

A lo largo de la década de los ochenta, el Gobierno estadounidense mantuvo una doble política respecto al islamismo: por un lado, el Departamento de Estado trataba de desarrollar un discurso conciliador con el fin de mantener las puertas abiertas a un eventual diálogo en caso de que este movimiento llegara al poder en determinados países secundarios para los intereses estratégicos y económicos estadounidenses como Argelia; y, por otro, trataba de seguir con una política de contención de los Estados radicales mediante una política de embargo y represalias militares en caso necesario.

La posición de las autoridades estadounidenses ante el islamismo político ha sido globalmente impulsada por el pragmatismo. Aunque no existe una posición unánime entre los distintos centros de poder, el Ejecutivo estadounidense intentó distanciarse de las visiones alarmistas transmitidas por los neo-orientalistas. Frente a la teoría del choque de civilizaciones, tanto la Casa Blanca como el Departamento de Estado a menudo han recordado la importancia de la religión como fuente de valores morales.

En un principio, la emergencia del islamismo como fuerza política fue percibida como un instrumento útil para que EEUU frenase la influencia soviética en los sistemas políticos árabes a través de los movimientos nacionalistas inspirados en la ideología socialista. Este modelo prevaleció en los años setenta hasta la revolución islámica en Irán (1979), que supuso la pérdida de un aliado estratégico clave para EEUU —Irán había sido un aliado muy importante de EEUU durante el Gobierno de Nixon—. Aunque tuvo un profundo impacto sobre la política estadounidense en Oriente Medio, no se formuló una política global para hacer frente al islamismo durante la presidencia de James Carter. La confrontación con el bloque del Este, que seguía dominando la lógica de alianzas, y la invasión soviética de Afganistán en diciembre de 1979 impulsó al Gobierno estadounidense a apoyar la resistencia islámica contra el expansionismo soviético.⁵ La experiencia iraní forjó una imagen negativa del islam en la opinión pública estadounidense. Ésta se vio acrecentada por el gran impacto emocional provocado por el secuestro de los estadounidenses en la Embajada iraní.

A principios de los años noventa se produjo un giro en la posición adoptada por EEUU frente al islamismo. Hasta ese momento había mantenido una posición pragmática de instrumentalización de estos movimientos de acuerdo con la política de Arabia Saudí. Con la segunda guerra del Golfo, la radicalización del discurso islamista contra Occidente y su paralelo ascenso político como una fuerza política dispuesta a escoger la vía legal para llegar al poder, planteó una nueva problemática para Occidente. El éxito electoral de los movimientos islamistas (Argelia, Jordania, Líbano) desafiaban la coherencia del discurso de los responsables

⁵ Los *muyahidin* afganos recibieron de la CIA 3.500 millones de dólares en armas. El grupo de Gulbuddin Hekmatyar (líder del grupo Hezb-e-Islami) recibió los 2/3 de la ayuda estadounidense. Ver Jochen Hippler "The islamist threat and western foreign policy " en Hippler y Lueg (Eds.), *The next threat, westerns perceptions of Islam*, Pluto Press, Boulder CO, 1995, pp. 116-150,.

políticos occidentales sobre la democratización de estas sociedades ya que permitía la toma del poder por unas fuerzas políticas supuestamente hostiles a la democracia. El debate sobre la compatibilidad del islam y la democracia surge de esta nueva problemática: cómo continuar propiciando la democratización de las sociedades de Oriente Medio sabiendo que los principales beneficiarios de la apertura política serán los islamistas.

El discurso oficial sobre el islamismo en los años noventa

El discurso oficial estadounidense sobre el islamismo no ha asumido las tesis neo-orientalistas: el rechazo de la visión de una amenaza monolítica dirigida contra los intereses occidentales y la distinción entre radicales y moderados en el seno de los movimientos islamistas, fueron principios mantenidos durante los dos mandatos del Gobierno de Clinton.⁶

Respecto a la democratización, el Ejecutivo estadounidense adoptó una estrategia intermedia: no descartó la participación de los islamistas moderados en los procesos electorales, pero algunos responsables subrayaron que las elecciones no eran la única vía para llegar a la democratización de estas sociedades, asumiendo una visión más relativista de la aplicación del modelo político democrático a sociedades con otra base cultural. Esta ambivalencia ponía de manifiesto el escepticismo del Gobierno estadounidense respecto a la capacidad de democratización de Oriente Medio, y permitía justificar la adaptación del principio de democratización en función de cada país dependiendo de los intereses estratégicos en juego. La reticencia a apoyar los procesos democráticos en países que representan un interés estratégico para EEUU, como Egipto, ha sido justificado por la necesidad de que este proceso sea llevado a cabo gradualmente para evitar que el espacio público sea monopolizado por una única fuerza como el islamismo.

Aunque el discurso mantenido respecto al islamismo por el Gobierno estadounidense parecía asumir la visión neo-tercermundista, la política seguida respondía más a la lógica de confrontación aconsejada por los neo-orientalistas.

La distinción entre radicales y moderados permitió al Ejecutivo estadounidense mantener una doble política: por un lado, justifica el mantenimiento de una política de contención respecto a Irán y Sudán, considerados como los principales patrocinadores del terrorismo; por otro, permite llevar a cabo una política más conciliadora, en función de los intereses estadounidenses. El Consejo Nacional de Seguridad de la Casa Blanca ha mantenido un discurso más reservado respecto al islamismo. La identificación de Estados delincuentes contra los que había que aplicar una política de contención reflejaba la dicotomía existente entre el discurso y la política aplicada. Anthony Lake, consejero de seguridad de la Casa Blanca, junto

⁶ Edward Djerejian, el asistente del secretario de Estado para Oriente Medio durante los mandatos de Bush y Clinton, enunció los principios que debían guiar la política estadounidense respecto al islam en el Meridian House en junio de 1992, International U.S. Department of State dispatch. Consultado en los archivos del Departamento de Estado, en: <http://usinfo.state.gov>

con Martin Indyk, nombrado secretario adjunto para Oriente Medio en 1997, fueron los que concibieron la política de doble contención respecto a Irán e Irak.

Como señala Stephen Zunes, la teoría de los *rogue states* —Estados “canallas”— permite a EEUU tener la capacidad de actuar unilateralmente, de decidir en función de sus intereses nacionales la conveniencia o no de una intervención militar en la zona. Los desafíos presentados por Estados aislados posibilitan a la vez justificar el mantenimiento del presupuesto del Pentágono.⁷

Aunque el discurso del Departamento de Estado incentivaba el diálogo con los islamistas y presionaba para dialogar a países como Argelia, la identificación de Estados radicales con la doctrina de *rogue states* y el mantenimiento del apoyo a regímenes como Túnez y Egipto en la lucha contra la oposición islamista, respondía más a una lógica de confrontación que a la voluntad de establecer un verdadero diálogo con las fuerzas políticas islamistas.

Las repercusiones del 11-S en el discurso y política estadounidenses

Tras los atentados del 11 de septiembre el Gobierno de Bush no modificó el discurso adoptado por sus predecesores y reiteró en varias declaraciones que el islam no es un enemigo ni representa una amenaza para EEUU.⁸ Sin embargo, la ofensiva terrorista contra EEUU tuvo tanto en el ámbito académico como en el político un fuerte impacto al replantear las bases mismas de la política seguida hasta ese momento por EEUU respecto a los países árabes y musulmanes.

Una de las primeras consecuencias de los atentados sobre la forma de percibir y analizar el fenómeno islamista fue reafirmar su existencia. Frente a los análisis que auguraron el progresivo declive de los movimientos islamistas,⁹ los auto-

⁷ Stephen Zunes, “The function of Rogue states in U.S. Middle East policy”, *Middle East Policy*, 1997, Vol. V, N° 2, pp. 1-9.

⁸ En noviembre de 2002 Bush afirmó, en respuesta a comentarios negativos sobre el islam realizados por unos clérigos estadounidenses, que consideraba el islam como una religión de paz.

⁹ La radicalización de los movimientos islamistas con la adopción de la violencia como método de lucha política y la manipulación de esta violencia por los regímenes autoritarios, han contribuido a desacreditar a los islamistas. Muchos investigadores opinan que el islamismo como proyecto político ha fracasado. Gilles Kepel y Olivier Roy afirman que los movimientos islamistas que en la década de los ochenta habían desafiado los regímenes establecidos en el Magreb, habían sido desmantelados o desintegrados por la fuerte represión militar y que las derivas hacia una violencia ciega había mermado considerablemente su arraigo popular en estas sociedades. Olivier Roy sostiene que el islamismo como utilización de la religión para fines políticos había dejado paso al neofundamentalismo, caracterizado por una individualización de la práctica religiosa. El islam, tal como se vive y practica en las sociedades occidentales, se percibe como impulsor de una fragmentación de los referentes religiosos y de los grupos. De esta corriente derivarían también las formas violentas como las redes terroristas, las formas proselitistas y la tendencia a una “comunitarización” de los musulmanes en las sociedades occidentales. Gilles Kepel considera que la principal razón o causa del fracaso de los movimientos islamistas es la desu-

res estadounidenses les predijeron un largo futuro político en las sociedades árabes. Graham Fuller afirmó que el islam político seguía siendo la fuerza ideológica más poderosa en los países musulmanes, dominando las distintas corrientes intelectuales en esta región y que este proceso sólo está en sus inicios.¹⁰

Otra conclusión, frente a la profunda hostilidad que suscitaba la política de EEUU en Oriente Medio, es la necesidad de cambio y reconocer que el *status quo* ya no es sostenible. Algunos investigadores como Stephen Zunes o John Esposito instan al Gobierno estadounidense a apoyar los procesos de democratización apostando por el efecto moderador que podría tener sobre las corrientes islamistas.¹¹

Por otro lado, los partidarios de la confrontación como Daniel Pipes sostienen que el discurso conciliador diseñado para debilitar la animosidad de los musulmanes está condenado al fracaso. Ya se intentó y es improbable que los moderados tengan la influencia suficiente para imponerse sobre las líneas más radicales y hostiles a los intereses estadounidenses.¹²

Stephen Zunes, entre otros, resalta la responsabilidad de la política exterior estadounidense en la aparición de respuestas agresivas.¹³ El fracaso político y económico de los regímenes corruptos y déspotas requiere una revisión de las estrategias de alianzas concebidas por EEUU. Éstas suscitan un profundo rechazo por parte de la población, propiciando un sentimiento antiamericano generalizado en las sociedades árabes que dificulta la cooperación de estos Gobiernos con las operaciones militares que EEUU pretende llevar a cabo en la región. Esta hostilidad se ve reforzada por la política estadounidense acusada de seguir un doble criterio al promover la democracia y la protección de los derechos humanos, y al favorecer la perennidad de regímenes autoritarios haciendo la “vista gorda” en sus excesos. El Gobierno de Bush parece haber optado por esta segunda opción. Nicholas Burns declaró que EEUU tenía mucho que aprender del régimen argelino en la lucha antiterrorista.¹⁴ Al mismo tiempo han aparecido tensiones con Arabia Saudí, uno de sus más poderosos aliados en la región pero también patria de

El fracaso político y económico de los regímenes corruptos y déspotas requiere una revisión de las estrategias de alianzas concebidas por EEUU

nión de sus dos componentes fundamentales: la burguesía progresivamente cooptada por los regímenes que han cambiado de discurso, y la juventud urbana que se ha radicalizado. Esta frágil alianza no ha resistido a la represión del régimen que ha radicalizado la lucha islamista de la cual se ha desvinculado la burguesía. Olivier Roy, *L'islam mondialisé*, Seuil, París, 2002; Gilles Kepel, *Jihad. Expansion et déclin de l'islamisme*, Gallimard, París, 2000.

¹⁰ Graham Fuller, “The future of political islam”, *Foreign Affairs*, marzo-abril 2002.

¹¹ John L. Esposito, “Islam and the west after Sept 11: Civilizational dialogue or Conflict?”, *The Emirates Centre for Strategic Studies and Research*, noviembre de 2002.

¹² Daniel Pipes y Mimi Stillman, “The United States Government: patron of Islam?”, *Middle East Quarterly*, invierno 2002.

¹³ Stephen Zunes, “U.S. policy toward political Islam”, *Foreign Policy*, septiembre 2001.

¹⁴ El secretario de Estado adjunto para Oriente Medio, Nicholas Burns, afirmó, en un discurso pronunciado en el Hannibal Club en Washington el 30 de enero de 2002, que los países del Magreb representaban un interés creciente para EEUU y que apreciaba particularmente los esfuerzos realizados por estos países en la lucha contra el terrorismo. En: <http://www.pdq.state.gov> (junio de 2002).

Osama Bin Laden y de la mayoría de los terroristas del 11 de septiembre. Según algunos analistas, el objetivo de la guerra contra Irak era controlar sus recursos energéticos para disminuir la dependencia de EEUU respecto a Arabia Saudí.¹⁵ La alianza estratégica que EEUU estableció con la monarquía saudí fue en parte cuestionada tras el 11 de septiembre al revelar que la base social *wahabita*¹⁶ manifestaba una profunda hostilidad hacia EEUU.

El anti-islamismo de los neoconservadores

Para los neoconservadores que han influido en el diseño de la política exterior estadounidense y que se encuentran en los principales mandos de los órganos de decisión (Pentágono, Consejo Nacional de Seguridad),¹⁷ el islamismo constituye una amenaza y un factor de inseguridad. James Woolsey, antiguo director de la CIA y próximo a Rumsfeld, afirmó que con el 11 de septiembre había empezado la “cuarta guerra mundial” que enfrenta el mundo libre al islamismo de la misma forma que la “tercera”, la Guerra Fría, opuso la libertad al comunismo.¹⁸

El islamismo es para los neoconservadores un enemigo con el cual no hay negociación posible debido a su carácter esencialmente opuesto a los valores occidentales. Para intelectuales de esta corriente como William Kristol, editor del periódico político de derecha *Weekly Standard*, o Daniel Pipes, el 11 de septiembre confirmó su visión esencialmente negativa del islam y de las sociedades islámicas. Pipes define el islamismo como la versión terrorista del islam y afirma que el terrorismo es sólo un síntoma, un instrumento de guerra utilizado por los islamistas para lograr sus objetivos.¹⁹

¹⁵ Véronique Maurus, “Bush et le piège saoudien”, *Le Monde*, 11 de octubre de 2002, p.18.

¹⁶ Fundado por el imam Mohamed Ibn Abdelwahab, el *wahabismo* es una interpretación rigorista del islam que, en alianza con la dinastía de los Saoud a partir de 1744, se impuso como doctrina oficial que rige la organización política y social de la sociedad saudí.

¹⁷ Los neoconservadores forman un grupo de presión político y mediático intelectual. Entre los políticos se encuentran las figuras principales del Pentágono: Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Douglas Feith (tercero del Pentágono), Richard Cheney y Richard Perle (presidente del Consejo político) en el Consejo Nacional de Seguridad, y Elliott Abrams. Entre los medios principales que difunden sus ideas destacan: *The Atlantic Monthly*, *The New Republic*, *National Review*, *The New York Times* (William Safire), *The Weekly Standard* (William Kristol). Varios institutos también contribuyeron a difundir la ideología de la confrontación: Washington Institute for Near East Policy, The project for the American century, Heritage Foundation, American Enterprise Institute y National Endowment for Democracy presidido por Jeane Kirkpatrick.

¹⁸ *Le Monde*, 9 de abril de 2003.

¹⁹ Foro debate con Graham Fuller y Daniel Pipes sobre el futuro del islamismo, 10 de abril de 2003, Washington Institute For Near East Policy, en: <http://www.washingtoninstitute>

El grupo de los neoconservadores es partidario de una línea dura con Irán. Michael Leeden,²⁰ miembro del American Enterprise Institute, uno de los *think thank* que inspiran la ideología neoconservadora, criticaba al secretario de Estado Colin Powell porque su posición frente a Irán no era suficientemente beligerante. Reuel Marc Gerecht, analista del mismo instituto, afirmaba que un régimen islamista en Irán por muy moderado que sea seguirá siendo una amenaza para EEUU, y que sólo la llegada al poder de un régimen secular podía garantizar el cese de su programa de armamento. Según Reuel Marc Gerecht, la utilización de la fuerza militar es la única vía para prevenir los ataques del radicalismo islámico.²¹

Una visión del islamismo mediatizada por Israel

El *lobby* israelí está en el centro de esta visión dominante anti-islamista y se basa en la creencia de que sólo una América fuerte y decidida a llevar a cabo una política intervencionista puede garantizar la seguridad de Israel.²² Una de las figuras más destacadas de los pro-sionistas neoconservadores, Elliot Abrams, fue nombrado en diciembre de 2002 presidente del Consejo Nacional de Seguridad (NSC). Zalmay Khalizad, que sustituyó a Bruce Reidel como experto sobre Oriente Medio en el NSC, y Douglas Feith, secretario de Defensa adjunto especialista en Oriente Medio, son también claros defensores de la extrema derecha israelí. Los pro-sionistas neoconservadores preconizaban ya en 1996 derrocar el régimen de Bagdad. Siria también aparecía como uno de los objetivos de la política de contención estadounidense. La Comisión Gilmore del Congreso estadounidense identificó a Siria como uno de los mayores patrocinadores del terrorismo después de Irán. Siria también figura en la lista establecida por el Departamento de Estado como país que da apoyo logístico al terrorismo al dar asilo a los líderes de Hamas y del Yihad Islámico.²³

El Departamento de Estado mantiene una posición más moderada e insiste en la necesidad de dar prioridad a las negociaciones entre palestinos e israelíes. Sin embargo, sus puntos de vista están lejos de ser tomados en cuenta en la toma de decisión acaparada por la Casa Blanca donde el clan pro-israelí es poderoso.

La guerra contra Irak y la ocupación del país en tres semanas constituyó una impresionante demostración de fuerza destinada también a servir de advertencia a los demás Estados considerados como delincuentes o enemigos —Siria, Irán, Corea del Norte, Sudán, entre otros—.

El islamismo, como fuerza política y movimiento social, continúa representando un gran desafío político para la mayoría de los regímenes autoritarios del mun-

²⁰ Michael Leeden, "Iran and the Axis of evil", *National Review on line*, 4 de marzo de 2002, en: <http://www.nationalreview.com/ledeen/ledeen030402.asp>

²¹ Reuel Marc Gerecht, "The counter terrorist myth", *The Atlantic Monthly*, 28 de diciembre de 2001, en: <http://www.theatlantic.com/issues/2001/07/gerecht.htm>

²² Leon T Hadar, "From the cold war to the global intifada", abril de 1991, en: <http://www.washington-report.org/backissues/0491/9104027.htm>

²³ Nissan Ratzlav-Katz, "The Threat from Syria", *National Review*, 10 de enero de 2003, en: <http://www.nationalreview.com>

do árabe gracias a la instauración de un régimen de terror que cuenta con el respaldo de las democracias occidentales.

¿La democratización de las sociedades de Oriente Medio se puede realizar sin contar con los islamistas? Eso es lo que parecen defender los “halcones” de Washington que, con el fin de presentar un proyecto coherente para el mundo, han basado su iniciativa bélica en una estrategia a largo plazo: la teoría del efecto dominó de la supuesta democratización del régimen iraquí que llevaría a una democratización de Oriente Medio.

Sin embargo, propiciar la democratización supone presionar a los regímenes aliados en un momento delicado porque a la vez necesitan su apoyo en la lucha antiterrorista. El dilema suscitado por alentar la democratización en estas sociedades es como promover el cambio evitando a la vez el riesgo de que los movimientos más radicales se adueñen del poder.²⁴

En cualquier caso, la superioridad militar estadounidense no es una garantía para preservar sus intereses a largo plazo. Por el contrario, las demostraciones de fuerza podrían exacerbar aún más el antiamericanismo en las sociedades árabes y favorecer la integración de los sectores marginados en las redes neofundamentalistas y en las redes terroristas transnacionales que se encuentran fuera del control de los Estados.

En la sociedad estadounidense, desde el 11 de septiembre la comunidad musulmana vive en un clima de tensión creado por el aumento de la discriminación hacia ella.

El islam, ¿un desafío interno?

Tras el 11 de septiembre, a pesar de la retórica conciliadora de Bush, se han producido en EEUU muchas discriminaciones, detenciones y deportaciones injustificadas. Como en otras sociedades occidentales, las asociaciones islámicas están desempeñando un papel social importante al cumplir la función que asumía antes el Estado de bienestar. Estas asociaciones —Nation of Islam presidida por Louis Farrakhan, Council on American Islamic Relations (CAIR), American Muslim Council— están extendiendo su influencia entre la población negra y grupos marginados.²⁵ Las leyes adoptadas por el Departamento de Justicia, dirigido por John Ashcroft, como el *Patriot Act*, han intensificado las discriminaciones y han generado reflejos “comunitarios” suponiendo un retroceso en la integración²⁶ (5000 musulmanes fueron encarcelados desde la adopción del *Patriot Act*).²⁷

²⁴ P.W. Singer, “America and the islamic world”, *Current History*, noviembre 2002, Vol.101, Nº 658, pp. 355-364.

²⁵ Kathleen Moore, “A part of U.S. or apart from us? Post september 11 attitude toward muslims and civil liberties”, *Middle East Report*, otoño 2002, Nº 224, pp. 32-43.

²⁶ Louise Cainkar, “No longer invisible: arab and muslim exclusion after september 11”, *Middle East Report*, otoño 2002, Nº 224, p. 26

²⁷ Yvonne Yazbeck Haddad, “Muslims and the american experience”, intervención en el Woodstock Forum, primavera 2002.

A pesar de la insistencia del presidente Bush en afirmar que había que diferenciar islam y terrorismo, la política llevada a cabo en Afganistán, el apoyo a la política de Ariel Sharon y a otros regímenes autoritarios y la invasión militar de Irak, han sido percibidos como una ofensiva contra el islam y el mundo árabe-musulmán. Los intelectuales y activistas islamistas han asumido que la política exterior de EEUU está guiada por el paradigma de Huntington.²⁸ Esta hostilidad preocupa a las autoridades estadounidenses. El director de la CIA, George Tenet, manifestó su inquietud por las escuelas religiosas que en el mundo musulmán propagan la intolerancia y mantienen un discurso hostil a Occidente.²⁹

Los medios de comunicación y algunos intelectuales han contribuido a dar un cariz anti-islámico a la lucha antiterrorista. Para John Esposito, autores como Lewis, Pipes, Krauthammer, Emerson, Judith Miller o Martin Kramer contribuyen a crear y fomentar un clima de choques culturales por sus escritos en publicaciones como *Wall Street Journal*, *The New York Times*, *The Washington Post*.³⁰

Para desactivar los mecanismos que podrían desencadenar efectivamente choques culturales la opinión pública tendría que disponer de una información adecuada respecto al islam y a las sociedades musulmanes. El escaso conocimiento del mundo árabe en la sociedad estadounidense crea un contexto propicio para la implantación de prejuicios.

²⁸ Augustus Richard Norton, "Activism and reform in islam", *Current History*, otoño 2002, p. 381.

²⁹ En: <http://usinfo.state.gov>, 2 de febrero de 2002.

³⁰ John Esposito, *op.cit*, p. 8.